

V Festival Iberoamericano de Teatro de Bogotá

Lucía Garavito

El 22 de marzo al 7 de abril de 1996, los colombianos hicieron un breve intermedio en el drama político del “Proceso 8000” – la investigación de la infiltración de dineros provenientes del narcotráfico en la campaña presidencial – y se lanzaron con gran entusiasmo a disfrutar de los 32 países, 86 compañías, 484 espectáculos y 1800 artistas que se tomaron 23 escenarios de la capital para celebrar el V Festival Iberoamericano de Teatro de Bogotá. Seminarios sobre los caminos de la dirección, el tratamiento del espacio escénico, el arte de la voz, la dramaturgia del payaso, el lenguaje de la danza; talleres de dramaturgia, actuación, experimentación sonora, teatralogía e internet; coloquios, demostraciones del espectáculo a cargo del Odin Teatret de Dinamarca, lecturas dramáticas, video-conferencias, desfiles callejeros, comparsas, el Café Internet, la Carpa Cabaret de Unicentro fueron algunos de los eventos especiales que se sumaron a las numerosas representaciones para hacer de este V Festival un evento de primera magnitud a nivel nacional e internacional.

La Corporación Festival Iberoamericano de Bogotá, cuya infatigable y dinámica directora es Fanny Mikey, tuvo a su cargo la ardua tarea de organización y coordinación de las múltiples actividades. Se prestó meticulosa atención a cada una de las etapas de planeamiento y ejecución y dada la envergadura del evento puede afirmarse que se desarrolló exitosamente. No hay duda de que el festival cumplió a cabalidad su cometido de darle al público colombiano la oportunidad de apreciar diferentes facetas del quehacer teatral nacional e internacional, y de promover un intercambio enriquecedor de directores, dramaturgos, actores, investigadores y críticos en los diversos niveles de la experiencia escénica.

Además de grupos provenientes de Alemania, Australia, Bélgica, Bulgaria, la República Checa, Dinamarca, Eslovenia, Estados Unidos, Francia, España, Grecia, Guinea, Holanda, India, Inglaterra, Irlanda, Israel, Italia,



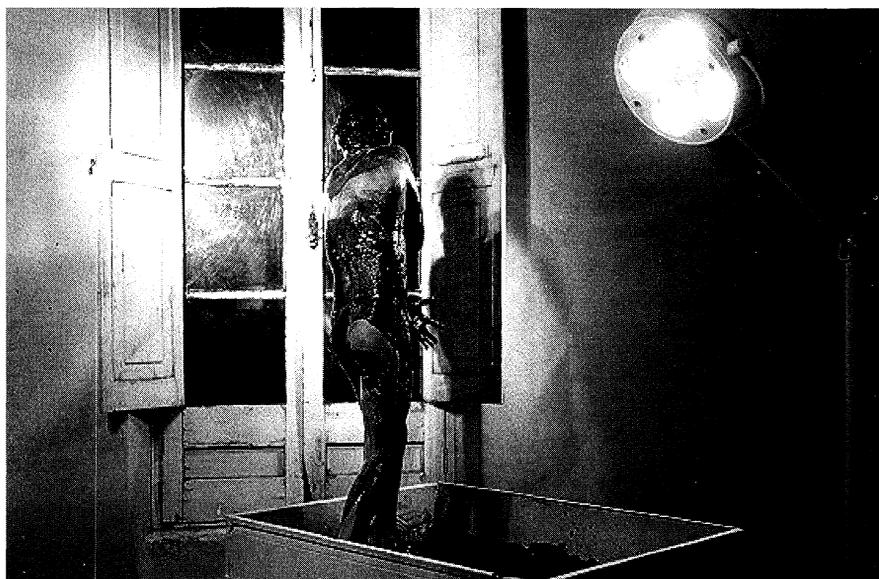
Eva y Victoria. (Argentina). Foto: Mauricio Anjel.



Danza de verano. (Argentina). Foto: Mauricio Anjel.



La Calle de la Amargura. (Brazil). Foto: Mauricio Anjel.



El Libro de Job. (Brazil). Foto: Mauricio Anjel.

Japón, Lituania, Rumania, Rusia, Suecia, Suráfrica, ocho países latinoamericanos participaron en el festival. Argentina fue el país invitado de honor. Participó con dos piezas: *Danza de verano* del dramaturgo irlandés Brian Friel montada por la compañía de Agustín Alezzo y *Eva y Victoria* de Mónica Ottino en montaje de la compañía Zorrilla-Brando y dirigida por Oscar Barney. La primera es una pieza intimista de carácter psicológico que se enfoca en los conflictos y vivencias de un grupo de mujeres en la Irlanda de los años 30, según se aprecian a través de los ojos de un niño de siete años. Se combinan la confesión, los datos históricos y un toque poético para hacer de la pieza una sugerente y bien lograda representación de la nostalgia y la frustración.

La segunda obra trata de un encuentro imaginario entre Evita Perón (Luisina Brando) y Victoria Ocampo (China Zorrilla), dos de las mujeres de mayor impacto en la historia argentina. El pretexto que sirve de excusa a su entrevista es la necesidad de Evita de contar con el apoyo de Ocampo para conseguir el voto para las mujeres. Esta circunstancia permite que el enfoque de la pieza sea doble: por una parte hay una exposición directa de las diferencias ideológicas, socio-económicas y culturales que representan estas dos figuras, sin perder de lado su dimensión humana, y por otra se trata de explorar el contexto argentino de su época. Si bien la puesta en escena no ofrece rasgos experimentales de interés, el trabajo actoral – el de Zorrilla en particular – y la agilidad, penetración e inclusive humor del diálogo cautivan la atención del espectador.

Brasil contribuyó con *La calle de la amargura: catorce pasos lacrimosos sobre la vida de Jesús* del Grupo Galpao bajo la dirección de Gabriel Villela y *El libro de Job* del Teatro Vértigo con dirección y dramaturgia a cargo de Antonio Araújo. La primera pieza es una adaptación poco convencional de la vida de Jesús. El primer acto, que narra desde el nacimiento hasta la huida a Egipto, sucede fuera del teatro, y la pasión y resurrección ocurren dentro de la sala donde hay un escenario enmarcado por elementos de santería. La obra tiene como punto de partida las fiestas populares y las canciones del interior del estado de Minas Gerais y el texto *El mártir del calvario* de Eduardo Garrido (1902). El universo popular del interior de Brasil se refleja en el vestuario (faldas, blusas, cabelleras y barbas) tejido en telares manuales de la ciudad de Carmo de Rio Claro, en el escenario que es una réplica estilizada del pesebre Pipiripau de Belo Horizonte, en las danzas y canciones basadas en las fiestas populares de Folia de Reis y en el canto popular lírico de las fiestas religiosas. El espectáculo amalgama la interpretación melodramática y el mundo de las compañías ambulantes de

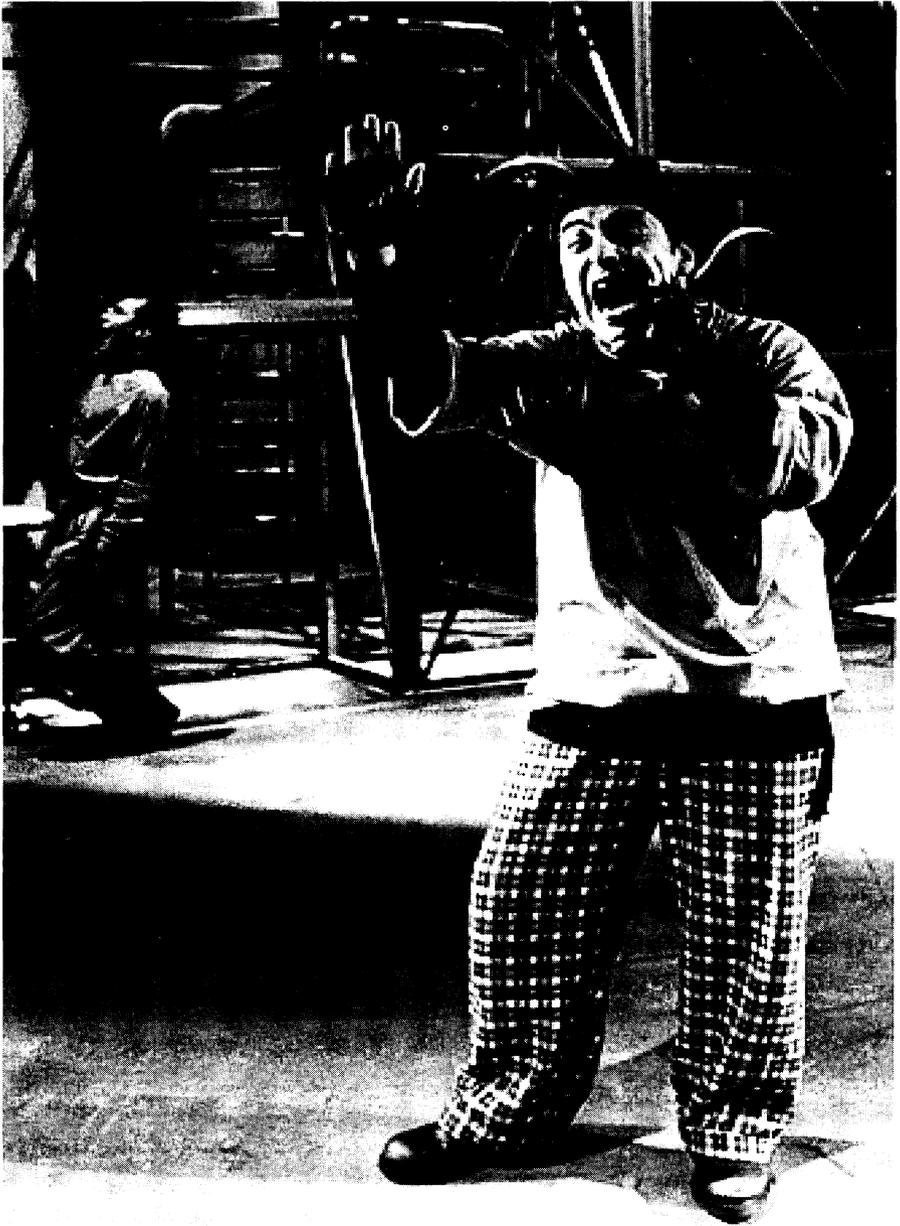
circo-teatro que deambulaban por el interior de Brasil en la década de los cincuenta.

El libro de Job fue uno de los montajes más polémicos del festival. El Teatro Vértigo es un núcleo de investigación dramática interesado en experimentar con nuevos lenguajes teatrales y en explorar espacios no convencionales. La selección del conocido tema bíblico y del Hospital San Juan de Dios como espacio escénico constituye un intento de promover la discusión teológica de lo sagrado y de las causas del sufrimiento dentro del contexto contemporáneo del SIDA. El hospital es, en efecto, el lugar del encuentro con la muerte, el dolor, el sufrimiento, y estimula nuevos niveles de percepción en el espectador a través de su olor característico, de sus paredes llenas de memorias. Las escenas transcurren en medio del público, que va como en procesión siguiendo a los actores. Huesos de vaca diseminados en el frío suelo del pabellón, sonidos de instrumentos metálicos de hospital, de gritos desgarradores de dolor y de música original basada en cantos hebraicos antiguos, elementos visuales en blanco y rojo ambientan de manera efectiva y refuerzan el impacto mental y emocional de la representación.

Chile presentó *Taca-taca mon amour* de Mauricio Celedón – mimo discípulo de Etienne Decroux y Marcel Marceau – fundador de la Compañía Teatro del Silencio. La pieza – metáfora de la historia contemporánea – funde danza y mimo-drama y está construida a base de cuadros que reflejan un manejo cinematográfico del material. El escenario es un campo de fútbol de 10 metros por 30 metros, con espectadores a lado y lado, sin árbitro, donde se insinúan las imágenes de algunos de los episodios más significativos de la primera mitad del siglo XX. La reina Victoria, el Zar de Rusia, Lenin, Stalin, Hitler, Freud, Einstein son figuras de fútbol y protagonistas de una lucha de poder que se estiliza por medio del juego del Taca-taca y que culmina con la devastación de la bomba de Hiroshima. El tratamiento de la primera serie de imágenes es bastante efectivo pero la calidad del espectáculo decae en las últimas secciones a pesar de lo vistoso y ágil del movimiento escénico.

Colombia, país anfitrión, aportó espectáculos de diversa índole. Además de los relacionados con la danza (*El país de los ciegos* de Alvaro Restrepo, *Barrio ballet* y *Carmina Burana* a cargo del Ballet de Cali), con los títeres (*La leyenda de Sady Myton* de Iván Darío Álvarez de la Libélula Dorada y *Los sueños de Dios* con dramaturgia y dirección de Jorge Luis Pérez de La Fanfarria Teatro) y el teatro callejero, se dieron a conocer nuevos valores.

El Teatro Matacandelas, bajo la dirección de Cristóbal Peláez, presentó *Angelitos empantanados* de Andrés Caicedo, autor caleño cuyo



Opio en las nubes. (Colombia). Foto: Clemencia Poveda Motta.



País de los ciegos. (Colombia). Foto: Mauricio Anjel.

suicidio a los 27 años dejó truncada una prometedor carrera literaria. La pieza está basada en el proyecto de novela de Caicedo y se compone de tres extensos monólogos que narran en un tono nostálgico y tierno la historia de dos adolescentes burgueses de los años sesenta.

La reflexión sobre el ambiente de violencia que ha sacudido al país en las últimas décadas estuvo a cargo de dos piezas. La Casa del Teatro de Medellín montó *Prométeme que no gritaré* de Víctor Viviescas (1988) con la dirección de Gilberto Martínez. Es una pieza donde el componente musical, la rumba y la danza, se entrecruzan con una presentación realista y descarnada de la violencia que ha tenido lugar en Medellín en estos últimos años. Por su parte, el Teatro El Local montó *La Siempreviva*, escrita y dirigida por Miguel Torres, y estrenada en 1994. El referente de la pieza son los sucesos relacionados con la toma del Palacio de Justicia por parte del movimiento M-19 en 1985. Las vidas de los residentes de una casa de inquilinato quedan desgarradas por este incidente. La obra recoge música, noticieros de radio y el espíritu de una época y puede considerarse como uno de los testimonios más valiosos que el teatro colombiano haya dado de la historia reciente del país.

El Teatro Petra montó *Opio en las nubes* de Rafael Chaparro, en adaptación y dirección de Fabio Rubiano. El universo de la rumba, del alcohol, del rock pesado, la soledad, los amores relámpago, la pesadilla de una ciudad a la que nadie parece pertenecer, contribuyen a crear un sentimiento de desarraigo y rechazo de los valores convencionales.

Enrique Vargas, director del Taller de Investigación de la Imagen Dramática de la Universidad Nacional presentó *Oráculos*, una creación sobre los misterios de Eleusis y el poder de la pregunta. Las técnicas de animación, los juegos y coplas populares, los espectáculos de feria con sus monstruos, competencias, colorido y espacios hacen parte de esta propuesta basada en la dramaturgia de la imagen sensorial. El viajero-espectador, que sin saberlo se convierte en actor, incursiona en diversos laberintos siguiendo los pasos de Deméter y Perséfone, jugando a encontrar la pregunta que le permitirá abrir por sí mismo la puerta del Oráculo.

También estuvo presente el teatro clásico a través de dos obras de Shakespeare. La Fundación Teatro Libre bajo la dirección de Ricardo Camacho montó *Noche de epifanía* en un esfuerzo por formar un público para el teatro y entrenar actores en la riqueza y complejidad del lenguaje de los grandes clásicos. La Corporación Estudio Teatro presentó *Hamlet I*, dirigido por Pawel Nowicki. Esta puesta en escena hace parte de la concepción estética que Nowicki denomina "teatro a domicilio": un clásico del teatro



Taca-taca mon amour. (Chile). Foto: Mauricio Esguerra.



La siempre viva. (Colombia). Foto: Mauricio Esguerra.

puede ser “invitado” a cualquier lugar, a cualquier casa. El objetivo de un montaje de esta naturaleza es plantear una reflexión sobre la obra, ubicarla en un contexto colombiano y minimizar los recursos escénicos y el número de espectadores.

La perspectiva multicultural dentro del teatro colombiano estuvo representada por dos piezas. Con dramaturgia de Enrique Buenaventura y dirección de Jacqueline Vidal, el TEC montó *El guinnaru*, creación colectiva a partir de un texto de Blaise Cendrars en el que confluyen relatos de tradición oral originados en diferentes etnias africanas. La narración y la dramatización se disocian y entrelazan utilizando personajes como el Gran Griot, máscaras rituales, y el denominado “teatro del tapete.”

Mapa Teatro, compañía dirigida por Rolf y Heidi Abderhalden, montó *Un señor muy viejo con unas alas enormes* de Gabriel García Márquez en co-producción con el famoso grupo de la India Purisai Duraisami Kannappa Thambiram Paramparai Theru-k-Koothu Manram, experiencia humana y artística sin precedentes dado el encuentro de dos dramaturgias tan diversas. El espectáculo de gran riqueza visual y sonora fue montado con el lenguaje escénico del Theru-k-Koothu, reuniendo la lengua tamil y el español, y actores y músicos de las dos compañías.

Delirio habanero y *Manteca* de Alberto Pedro Torriente, en montaje del grupo Teatro Mío fueron las obras cubanas del festival. La primera parte de una famosa canción del repertorio de la música popular cubana: “Tú mi delirio” de César Portilló de la Luz, recreada con música de Pablo Milanés, compuesta para este montaje. Torriente se basa en varios ritmos vernáculos – salsa, son, bolero, afro, guaracha – para desarrollar la idea de un delirio atormentado compartido por dos personajes que se reúnen por las noches en un bar para rememorar las épocas doradas del trío Matamoros o de Benny Moré. Sueño o realidad, los personajes encarnan fantasmas de otros tiempos: él a Moré, ella a Celia Cruz.

Manteca trata de la historia de tres hermanos que se encuentran en una situación extrema encerrados en su casa familiar y en busca de una salida que dé sentido a sus vidas. El acto que planean permanece a nivel de enigma pero se percibe como violento. A medida que se desarrolla la pieza se revelan las facetas complejas y contradictorias de estos personajes, así como las relaciones entre individuo y sociedad.

La Compañía de la Universidad Nacional Autónoma de México presentó *La vida es sueño* de Calderón de la Barca bajo la dirección de José Luiz Ibáñez, con escenografía del pintor mexicano Vicente Rojo. Si bien fue un montaje cuidadoso, no constituyó una propuesta novedosa de esta pieza

clásica. Su único rasgo innovador consistió en que tres actores diferentes representaban a Rosaura, según su función a nivel de la trama.

El teatro El Galpón de Uruguay participó con un monólogo de *El lazarrillo de Tormes*, bajo la dirección de César Campodónico y con la actuación de Héctor Guido. Mediante un manejo versátil de la voz y los movimientos corporales, Guido encarnó a Lazarillo, al clérigo, al ciego, al hidalgo y al arcipreste, en episodios seleccionados por su relación con la vigencia del tema del hambre en la sociedad contemporánea. Música, juegos de luces, la vestimenta propia de un mendigo de la época y el mundo sonoro de los personajes – muchas cosas suenan, aunque no se ven – apoyaron al actor en la escena. Si bien la adaptación escénica de este texto permite apreciar el virtuosismo del actor, no es del todo satisfactoria respecto al original.

Con montaje de José Ignacio Cabrujas, el Grupo Teatral Caracas de Venezuela trajo *Los hombros de América* de Fausto Verdial, actor español radicado en Venezuela. La pieza – inspirada en un poema de Rafael Alberti, “Costas de Venezuela,” donde dice que “las montañas de Venezuela” son los hombros de América – es de inspiración autobiográfica. Enfoca la historia de un grupo de españoles en el exilio que a raíz de la muerte de Franco se plantean el dilema de regresar a España o de quedarse en Venezuela.

La clausura del Festival estuvo a cargo del grupo español Els Comediants que presentó *Los genios de la vida*, un espectáculo nocturno impresionante de música, danza y fuego en la Plaza de Bolívar, ante una entusiasta y nutrida multitud.

Este breve recuento de las piezas representativas de Latinoamérica en el V Festival Iberoamericano permite apreciar algunos de los indudables logros pero también las limitaciones de un evento de esta magnitud. Si bien hubo una selección ambiciosa de obras a nivel nacional e internacional, no todas resultaron de óptima calidad. Sin embargo la oportunidad de asistir a tal variedad de espectáculos cumplió una función educativa respecto al público colombiano que está madurando en su apreciación del arte escénico. La descentralización del Festival lograda gracias a la apertura de espacios teatrales en sectores de la ciudad tradicionalmente marginados como Ciudad Bolívar, los cerros nororientales o San Cristóbal Sur, y los descuentos de taquilla para jóvenes y profesionales del teatro han sido dos factores de gran repercusión en la diseminación y democratización de la actividad teatral en Colombia.

Los aplausos y comentarios positivos que se escucharon a lo largo del Festival fueron un merecido homenaje a la celebración de los cincuenta años de notable actividad artística y de promoción de las artes escénicas de

Fanny Mikey. Como nota curiosa, a tal extremo llegó su celo por la buena marcha del evento que contrató a Jorge Elías González, un estudioso de radiestecia, para que alejara los negros nubarrones invernales que amenazaban con descargarse sobre Bogotá para esas fechas. Las artes del señor González han debido de surtir efecto porque lo único que llovió en la capital durante esas semanas fueron elogios para los participantes en el festival, para Fanny Mikey y para su dinámico y eficiente equipo de colaboradores.*

Kansas State University

Notas

* Agradezco de manera muy especial a Diego León Giraldo (jefe de prensa) y Liliana Alzate (asistente) el haberme facilitado acceso al material pertinente, a los espectáculos, eventos especiales y ruedas de prensa, y el haber compartido conmigo su valiosa experiencia y entusiasmo por el mundo del teatro.



Un señor muy viejo con unas alas enormes. (India-Colombia).

Foto: Mauricio Esguerra.